

Tegucigalpa, abril 7 de 1975

Señores
ZIVNOSTENSKA BANKA
Narodni Podnik
Na prikoře 20
Praha 1

REF: Cuenta No.0809-24492

Estimados señores:

De la manera más atenta me dirijo a Uds. para solicitarles un favor especial: deseo conseguir un juego de copas y vasos de cristal fabricado por casa productoras Checas y por tanto les ruego,

- 1) Conseguir y enviarme por correo aéreo los catálogos de "Bohemia Glass" y de "Moser";
- 2) Adjuntar una lista de precios en Coronas Checas puesto que pienso pagar el pedido con el dinero depositado a mi nombre, en el Banco de Uds. bajo cuenta No.0809-24492.
- 3) Indicarme cuál es el saldo que en dicha cuenta figura a mi favor.
- 4) Comunicarme con quién debo entenderme para que el cristal que escoja sea exportado a mi actual residencia en Honduras, Centro América.

Uds. sabrán dispensarme que les pida este servicio poco común para una entidad bancaria, debido a que no dispongo de otro contacto en esa ciudad.

Anticipandoles mis agradecimientos, me suscribo de Uds. muy atentamente,

Germán Guzmán Campos

Apartado Postal 459
Tegucigalpa, Honduras.
Centro América.



EMBAJADA DE MEXICO

TEGUCIGALPA, D. C.

HONDURAS, C. A.

a 11 de julio de 1975

Srs. Germán y Olga Guzmán
Calle Juan Lindo
Ciudad!

Muy queridos míos:

Os escribo esta carta de despedida, ya en las últimas horas de mi estancia por acá, lamentando muy profundamente que, durante mi permanencia en Tegucigalpa, nuestra amistad no hubiese intimado más. Nuestras posiciones frente a la vida (lo sé porque lo siento) son muy próximas. Nos agitan las mismas inquietudes, aspiramos hacia las mismas metas y nos indignan las mismas injusticias. Nos rebelamos contra el hambre de los niños, contra la humillación de las mujeres, contra la ignorancia de los hombres y nos irrita, muy en lo particular, el inmenso contraste entre la miseria de los muchos y la desbordante abundancia de los pocos que se obstinan por los medios más ruines en conservar esos privilegios desproporcionados.

Pero también sé cuáles han sido las razones que os mantuvieron alejados de mí. Las comprendo, aunque no las apruebo y os voy a explicar por qué: por qué permanecisteis a distancia y por qué lo lamento.

Tuve la atrevida idea de expresaros mi proyecto de escribir una novela inspirada en vuestra vida. El primer sentimiento que se presentó a vosotros fue una especie de pudor, una como timidez de que yo pudiese hollar vuestra intimidad. Es comprensible, como os digo; pero quizás hubiese sido superable. Aunque no conozco de esa vuestra vida sino los grandes razgos, lo más espectacular, para mí sois dos héroes, dos ejemplos dignos de admiración y de respeto que, convencidos de la justicia y de la dignidad de vuestra decisión, habéis osado enfrentaros contra la cobardía agresiva y la ignorancia rabiosa de quienes no se atreven a preguntarse a sí mismos y menos a contestarse con honradez. Estoy seguro de que os habéis hallado en muchísimas ocasiones rodeados por la inquina de los prejuicios y la triste maldad de la ignorancia, cuando no, por el morbo de la curiosidad entre complicemente pecaminosa y mojigatamente censuradora.

Entonces, a pesar de que traté de mostraros mi idiosincracia, no contabais con suficientes elementos de juicio para conocerme y entrar en confianza conmigo. Por tal razón permanecisteis a distancia. Lo siento porque os quiero de veras mucho más de cuanto podéis suponer.

La novela que me inspirasteis he comenzado a escribirla y la continuaré, aunque sea con elementos muy generales y sólo con un fondo muy lejano de vuestra realidad. Pero esa sola base, vuestro matrimonio, me parece tan positiva, tan valiente y tan digna

de admiración que vale la pena verter en ella el mayor esfuerzo del que sea yo capaz, porque siento que merece mostrarse como ejemplo de rebeldía liberadora.

Sí sabéis hasta dónde llegan mis limitadas dotes de novelista y anticipáis que la obra que consiga plasmar estará muy por debajo de cuanto conviniera. Yo también lo sé. Desgraciadamente es cuanto me hallo en medida de ofrecer.

Antes de terminar esta carta, quiero haceros una exposición de mis creencias. Como vosotros, nací católico; fui alumno del clero como vosotros y durante toda mi juventud comulgué con sus enseñanzas. Pero un día empecé a preguntarme y poco a poco me fui respondiendo.

¿Cómo puede creerse y confiarse en ese Yahveh implacable del Pentateuco que no es sino un monstruito de orgullo, de crueldad, de injusticia? Ama a los hebreos porque los utiliza como instrumentos de esa vanidad insaciable; y a fin de protegerlos para su satisfacción, no pone límite a su sanguinaria crueldad hacia los otros pueblos, a los que condena al anatema sin el menor escrúpulo.

Por otra parte, ¿cómo puede admitirse el libre albedrío, si se le atribuye a ese dios la omnisciencia en el pasado y en el futuro porque para él todo es presente, y la omnipotencia y la infinita misericordia y bondad? Hay allí una flagrante contradicción. Si existe el libre albedrío, es porque él no sabe cuál decisión va a tomar el hombre en el momento que se le presente la duda. Entonces, dios no es omnisciente y ya queda limitada su omnipotencia. Y si lo sabe y permite que en esa duda el hombre peque, puesto que todo se mueve por su voluntad (la hoja del árbol), entonces ya no hay libre albedrío. Por consiguiente, no hay misericordia ni justicia, dado que conscientemente está predestinando una criatura al sufrimiento eterno de la condenación. En conclusión, ese dios absurdo no puede existir. Y tampoco es admisible esa complicada y cruel teología medioeval elaborada por espíritus retorcidos y mojigatos que no hicieron sino traicionar con ánimo fariseo las verdaderas enseñanzas de Jesús que sólo fueron amor y solidaridad humana y no hipocresía. Cristo, a quien vosotros y yo admiramos y respetamos, sería, si volviese a predicar identificado con las circunstancias de hoy, un revolucionario. Sus afirmaciones evangélicas, sumadas a la convivencia del siglo XX, serían por fuerza marxismo puro. Consecuentemente, como los fariseos de ayer, los beatos de hoy volverían a crucificarlo como crucificaron a Salvador Allende, como crucificarían, si pudieran, a Fidel Castro.

Mucho trabajo y mucho dolor me costó el derrumbe de los ídolos. Durante largo tiempo me pesó el vacío que dejaron, hasta que me llegó la tranquilidad y la confianza. Hoy, sincera y serenamente soy ateo.

Creo en la perennidad y en el anhelo de superación de la Materia que se busca a sí misma, sin prisa, con la paciencia infinita de la eternidad y que paso a paso va encaminándose a su meta que es el conocimiento total de sí. En caso de fracasar hasta la destrucción íntegra de lo alcanzado en uno de sus ensayos, vuelve a empezar infatigablemente (como podría suceder si se desencadenare una guerra atómica que destruyese a la Humanidad entera y aún a todo el planeta). Nosotros, los hombres, somos hasta hoy el más

adelantado escalón de cuanto la Materia ha logrado en este mundo; y al mismo tiempo, su vehículo para seguir adelante. Entonces, nuestra máxima obligación para con Ella que es nuestra madre, y de la que somos un átomo y somos el todo, estriba en poner el grano de arena de nuestro esfuerzo para avanzar una ínfima raya, aunque sea, en el camino hacia ese total conocimiento. Esa aportación, debemos entregarla al acervo del conocimiento acumulado por las generaciones anteriores, para que sea aprovechada por la universalidad de la Materia; y no mantenerla oculta para que desaparezca con nosotros, como lo han hecho tantos falsos magos y profetas. Cuando muramos, al volver a su seno, nos confundimos con la Materia, pero nos hallamos íntegramente presentes en Ella, porque siendo una parte ínfima de la Misma, somos toda Ella, sin que para nada cuenten las individualidades.

Queridos míos: me despido de vosotros. Si un día logro editar esa novela que apenas empiezo, os la dedicaré en una forma un poco anónima. Será con estas palabras sin más ni menos: "A Olga y a Germán, con admiración".

Y si vuelvo a encontraros alguna vez, será con mucha alegría. Mientras tanto, os abraza

Hectorail